

las más necesarias ¿quién paga con su salud y su vida?

El pueblo.

Si el Ayuntamiento no cobra y viene una epidemia este verano, ¿quién pagará las consecuencias?

El pobre.

Si el Hospital no cobra la subvención y su Junta tiene que limitar las entradas, ¿quién pagará las consecuencias?

El pobre.

¿Y quién tiene la culpa de todo? Estos señores que bajo capa de trabajar para la buena administración trabajan solo para no pagar y les importa un bledo que el pobre sufra, el pueblo rabie y la población vaya a menos, mientras ellos no tengan que sacar de su repleto bolsillo una triste peseta.

Ellos dicen: mientras yo vaya bien que me importa que los demás reventen.

Estos señores que por ser concejales unos, acaudalados propietarios y fabricantes otros, tienen deber, si señores, deber, de trabajar por el bien de Granollers, están engañando al pueblo: el abogado quiere cuestiones, el procurador desauicios, el propietario-prestamista necesidades y el fabricante obreros sin trabajo para poder escojer y apretar; lo demás les tiene sin cuidado.

Que se unda todo mientras puedan ganar la peseta y no soltarla.

Pero esto no puede ser, pueblo de Granollers, sal de tu apatía, obliga a que pague quien deba, no te dejes adormecer por el canto de estas sirenas que procuran amodorrarte para explotar tu buena fé. Tienes derecho a intervenir en el gobierno y administración del pueblo, reclama tus derechos y echa de un puntapié a estos Quijotes y Sanchos que quieren intentar nuevas aventuras, pero que más avisados que el hidalgo de La Mancha, intentan que caigan los porrazos sobre tus espaldas. ¡No lo permitas!

Que se haga el reparto como debe hacerse, que se haga y pague quien debe, o sinó encárgate tu, pueblo, del gobierno de lo que hasta hoy ha sido insula Barataría.

Los restos de la Popular

En cierta población, que no nombro por no venir al caso, sus habitantes de puro pacíficos llegaron a adquirir un sello especial de mansedumbre, tan *sui generis*, tan característico que les diferenciaba del resto de los mortales.

Había contribuido a ello, por un lado la negligencia y el indiferentismo en ellos peculiar, y por otro el obligado cacicato que disfrutaban y que se repartían los listos agraciados, como si se tratara de bienes vinculados por lazos de familia.

Así transcurrieron días y más días, un lapso de tiempo que duró algunos años sin que nadie osara salir de su involuntario ipnotismo; todo acto de protesta, todo conato de sublevación era inflexiblemente castigado y sus autores, desde aquel momento, clasificados de sospechosos de alta traición y sometidos a la inoportuna vigilancia de los corchetes asalariados, únicos encargados de cumplir ciegamente las disposiciones despóticas emanadas del gran cacique que estaba de turno.

Aquella tiranía, aquel repugnante despilfarro, aquel audaz e innoble usufructo debía tener un fin, logrado lo cual vendría un resurgimiento saludable que sería el prólogo de una vida bienhechora y saludable que haría desterrar los recuerdos sangrientos y crueles de los prehistóricos tiempos de la política local.

En efecto, así sucedió; la benevolencia y la apatía se trocó en actividad febril, que yugulada por algunos, que el pueblo creyó sensatos, sin grandes estímulos lograron crear una fuerza de opinión tan colosal que aniquiló y dió al traste con todo lo secular, con todo lo arcaico, que constituía el intrincado dédalo, protector hasta la fecha del enigmático desbarajuste político administrativo local.

Hecha la revolución, encumbrados los portaestandartes de la misma, a la categoría de caudillos de la obra Popular, ya sea por ineptitud o por la súbita e inesperada elevación de categoría, es lo cierto que estos esforzados paladines se vieron pronto atacados del vértigo de las alturas, circunstancia que se puso de manifiesto en todos sus parciales actos, en todas sus draconianas e irascibles decisiones.

Durante la gestión de los *pacifistas*, populares invertidos, solo el don del desacierto guió sus pasos, a tal extremo que su labor administrativa se recuerda siem-

pre con dolor, cuando no con repulsivo desdén.

Los que de buena fé, guiados por un impulso altruista engrosaron las filas de la flamante y redentora agrupación Popular, al darse cuenta del fracaso, desengañados, se retiraron a sus casas, llevándose el triste convencimiento de que su idolatrado pueblo no tiene redención, puesto que cuando se libra de la esclavitud de unos cae en brazos de la tiranía de otros. La panacea es un mito, la buena fé una falsía mal disimulada y el compañerismo populachero tan embrionario, tan microscopio que a simple vista no se alcanza.

Como quiera que los panegiristas, cantores de las excelencias del popular partido, blasonaban de independencia política y con aviesas intenciones declaraban que era indispensable esta condición para el desarrollo de su programa, los más cucos, los ambiciosos, que sin esta condición jamás habrían logrado representación alguna, aceptaron la idea, con lo cual, engañando a los que sentían de buena fé la vital regeneración, lograron escalar los sitios de honor, desde cuya altura lo primero que realizaron fué el prostituir el programa económico y convertirlo en eminentemente político con sus secuelas de falsedad y apostasía.

A partir de este momento, el aniquilamiento y muerte del preponderante partido, que tantas ilusiones había creado y que tantos desengaños y sinsabores engendrò, estaba decretada.

Los que no aspiraban al medro personal, y obraban solo por el buen deseo de hacer algo práctico, viendo patente el descalabro sufrido, se retiraron a sus plácidos hogares, no sin antes confesar ingenuamente que se habían equivocado. En cambio otros menos expansivos y con sobra de desparpajo comprendiendo que su retirada sería el entierro de su porvenir político, a fuer de ambiciosos, aún a trueque de tener que sufrir las iras de todo un pueblo, optaron por proseguir la tortuosa senda emprendida, que fatalmente le ha de conducir a su total aniquilamiento, gracias a su incorrigible soberbia e insensatez.

Uno de los supervivientes que ha sacado más tajada en el negocio popular, ha sido el descentrado por tradición, orador místico, que en un trapo local publica sus desplantes. Los que se llaman correligionarios, en su obsequio, son capaces de intentar correr la pólvora por las calles de la población, como lo efectúan

